

## Lucas 24:13-35 Stoeckhardt

Segundo día de la Pascua Jorge Stöckhardt *Gnade um Gnade*

Lucas 24:13-35

Todo lo que se vive y se mueve, toda la vida de la naturaleza, la vida espiritual en el reino de gracia, debe su origen a las grandes obras creadoras de Dios. Dios creó el cielo y la tierra con su palabra todopoderosa. Toda la creación ha recibido de él aliento y vida. En el cumplimiento del tiempo, él hizo otra gran obra, una que sobrepasa en mucho la obra de la creación. Dio un nuevo nacimiento a la humanidad caída, degenerada, muerta. La resurrección de Cristo de entre los muertos es una segunda creación mayor y más gloriosa. De esta fuente, del sepulcro abierto de Jesús, fluye la vida espiritual y eterna. Por medio de la resurrección de Jesucristo se completó, se confirmó, se selló la gran obra de la redención. Quietamente, sin que nadie se fijara, se completó el milagro de la Pascua. Nuestra fe se fundamenta y se establece sobre esta gran obra de Dios. La resurrección del Señor, la obra de redención así completada, es el fundamento firme sobre el cual es edificada la iglesia, la roca sobre la cual descansa nuestra fe. Esta obra única de Dios es decisiva para todos los tiempos. Nosotros, ya que ha ocurrido este gran milagro, no tenemos necesidad de otras señales y milagros. Sin embargo, no es la costumbre de Dios solamente producir una obra, sino también seguir dominándola.

Cuando Dios creó el mundo, todo fue bueno y perfecto. Pero Dios no se levantó para irse y abandonar lo que había creado, así como los hombres dejan lo que están haciendo y ponen las manos en los bolsillos cuando han terminado lo que estaban haciendo. Más bien, desde el día de la creación sostiene y gobierna el mundo, su creación. Lo sostiene por medio de su palabra todopoderosa. Se ha mantenido cercano a sus criaturas. En él vivimos, nos movemos y somos. Y de esta misma manera trata con su mundo redimido. Redimió al mundo, hizo perfectos a los pecadores por medio de una ofrenda, por medio de la muerte de su Hijo. Pero el Señor, el Redentor, no abandona a su suerte a estos pecadores redimidos. Está con ellos y permanece con ellos. Después que Cristo resucitó de los muertos y con su resurrección había traído a luz la vida y la inmortalidad, él, el resucitado, acompaña y protege a los a quienes ha redimido en su camino a través de la vida y quiere llevarlos a su gloria. Después que salió de la tumba, después que ascendió al cielo, no se fue ni abandonó todo, al contrario, todavía está con nosotros cada día. No está lejos de cada uno de nosotros.

Nos regocijamos en la Pascua no solamente por ese gran milagro que ocurrió una vez en la tranquilidad de la noche sino también en la presencia gloriosa del Resucitado, aquella presencia que experimentamos continuamente en nuestros corazones. El sacrificio en el Gólgota, la resurrección de Cristo, la obra ahora completada de la redención, es el fundamento y la roca sobre la cual descansa nuestra fe, la única base sobre la cual estamos firmes y vivimos. Pero para que podamos completar bien la carrera de nuestra vida y alcanzar la meta, todavía necesitamos la guía del Señor. Así como en aquel primer día de la Pascua fue celebrada la gran obra de la resurrección, esta gloriosa obra de Dios, así en el Evangelio de hoy aparece en persona el Resucitado. Sí, el encuentro del Resucitado y los dos discípulos en el camino a Emaús ilustrarán lo que el Señor está haciendo todo el tiempo. Camina con nosotros; guarda nuestros pasos. La vida cristiana es un camino gozoso, seguro cuando caminamos bajo la protección del Resucitado.

¡Qué esto sea hoy el tema de nuestra meditación y de nuestro gozo pascual: **Nuestro camino de la vida bajo la protección del Resucitado.**

Aprendemos tres cosas de nuestro Evangelio:

- 1. El Resucitado camina a nuestro lado aunque no lo vemos;**
- 2. Por medio de palabra y sacramento se revela a nosotros.**
- 3. Permanece con nosotros aun cuando viene la noche.**

1.

En la tarde de la Pascua dos del círculo de los discípulos cruzaban los campos para ir a Emaús; y mientras conversaban acerca de los acontecimientos de los últimos días, Jesús se acercó y caminaba con ellos. Sin embargo, sus ojos estaban limitados de modo que no lo reconocieron. Después, sin embargo, cuando reconocieron quién era, hablaban con gozo acerca de lo que había sucedido en el camino, de esta bendita caminata con el Jesús resucitado. Este fue perfecto gozo pascual.

Y este es el evangelio gozoso que estamos proclamando a ustedes hoy: no solamente que el sepulcro está vacío, no solamente que apareció momentáneamente a sus discípulos, sino que durante un largo camino caminaba con los discípulos. El Jesús resucitado vive, y no solamente se revela a los suyos en algún gran y bendito momento de su vida, sino nos acompaña en nuestro camino a través de la vida.

El está con nosotros aun cuando no lo podamos ver en forma visible. El Hijo de Dios caminaba con los piadosos durante el tiempo del Antiguo Pacto. A Jacob, que andaba en tierra extranjera, el Señor de los ejércitos le dio esta promesa: “Yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres”. Repitió la misma promesa cuando Jacob iba a volver a casa desde Mesopotamia. Y Jacob confesó a sus esposas que el Señor había estado con él durante todo el tiempo en que estaba trabajando en tierra extranjera. El Señor de los Ejércitos, el Ángel de Jehová, protegió a Israel en el camino desde Egipto hacia la tierra prometida; él iba delante del pueblo cuando ellos entraban en batalla contra sus enemigos. Los piadosos padres del Antiguo Pacto dijeron en su necesidad al Pastor de Israel: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo”.

Y en el Nuevo Pacto el Señor de los Ejércitos, el Ángel de Jehová, el Hijo de Dios, realmente cumplió su oficio pastoral. Y parte de esto es que él guía a los que son suyos, que va delante de ellos, que les guía y acompaña. Sí, el Resucitado, el Hijo de Dios, está con nosotros. El que se resucitó del sepulcro y apareció ahora aquí, ahora allá, aquí a los discípulos en el camino a Emaús, allá a Simón Pedro, — el que vino y desapareció de la vista como él quería, éste realmente es el verdadero Dios, el omnipresente y el todopoderoso. De su propia libre voluntad puso su vida y la volvió a tomar. El está con nosotros — en todos nuestros caminos, él es el Hijo de Dios resucitado de entre los muertos. Tenemos como el que nos acompaña y protege a uno que es todopoderoso. Sin embargo, es un amigo de confianza el que va delante de nosotros.

Fue una comunión agradable que tenía con los dos en su camino a Emaús. Tenía compasión por sus preocupaciones. Con simpatía les preguntó: “¿Qué pláticas son éstas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?” Les hablaba como un hermano.

Sí, Jesús nuestro hermano vive. Trajo del sepulcro en forma glorificada la carne y sangre que él había tomado de los hijos de Abraham y Adán. Está a nuestro lado un amigo amado, que tiene para nosotros simpatía y compasión. No es un Dios del cual tenemos que huirnos sino un Dios que se nos ha acercado, que todavía se une a nosotros hoy por medio de la misma carne y sangre. Podemos con confianza asirnos de él cuando nos toma por la mano para guiarnos por nuestro camino. Y cuando nos tropezamos, nos fallamos y pecamos en el camino, no hay necesidad de asustarnos y temblar porque él está tan cerca y presente. Porque este Amigo y Pastor es nuestro Redentor.

Los discípulos pensaban que todo se había acabado en cuanto a la esperanza de la redención, y mientras ellos lamentaban de esta manera, se les acercó y caminó con ellos su Redentor, que ahora había completado su obra. Sí, después de su resurrección, de hecho, por virtud de ella, Cristo todavía es nuestro fiel Salvador y Redentor. Es él que nos acompaña en cada pisada del camino. Así no tenemos que temer, aun cuando sentimos nuestro pecado y debilidad.

Esto verdaderamente es consuelo pascual, gozo pascual. El Señor, el Resucitado está con nosotros, verdadero Dios y verdadero Hombre, nuestro Redentor. Nuestro camino es similar al de los dos que iban a Emaús. Frecuentemente nos encontramos en una situación y estado mental similar.

Estos dos estaban en un estado de ánimo desconsolada y temerosa. Realmente habían llegado a amar a aquel querido Amigo y gran Profeta de Galilea. Sus corazones estaban llenos de las grandes cosas y acontecimientos que acababan de sucederse en Jerusalén. Pero Jerusalén no compartía este dolor por el deceso del amigo, ni su afecto por este Jesús de Nazaret. Los gobernantes de los judíos, de hecho todo el pueblo, lo había odiado y habían tenido envidia de Jesús y por esta razón lo habían crucificado. Así estos pocos discípulos eran extraños en Jerusalén, en Israel, solos y abandonados. Los judíos que habían crucificado a Jesús su Señor también eran sus enemigos y opositores. Tenían razón en tener miedo de los judíos. Sí, inclusive este Amigo, el gran Profeta, finalmente les había abandonado a su suerte. Su esperanza de redención y auxilio se había desvanecido. Y de repente, mientras caminaban atribulados de esta manera y daban expresión a su tristeza, en ese preciso instante Jesús, el a quien amaban, su Señor y Maestro, el gran Profeta, el gran Auxilio y Redentor, se les acercó.

Nosotros los cristianos, que amamos al Señor, igualmente estamos solos con nuestra fe y amor por Jesús, solos y abandonados en este mundo. Tenemos solamente pocos hermanos y pocos seguidores. La mayoría que camina a nuestro lado no conoce a este Cristo, no entiende las grandes cosas que llenan nuestros corazones, de hecho, tienen envidia de y desprecian a este Jesús de Nazaret. Pero cuando el mundo, cuando la humanidad no conoce ni entiende lo que afecta nuestros corazones, cuando los amigos y parientes más cercanos se portan como extraños, sabemos y nos decimos: Hay uno que nos conoce, que ve y conoce los pensamientos de nuestros corazones; es este Jesús de Nazaret que ha tomado posesión de nuestros corazones, en quien creemos. El está con nosotros, él conoce nuestros corazones, él conoce nuestros caminos, todos los pensamientos de nuestros corazones. Si enfrentamos el temor

y la ansiedad en este mundo maligno, como sucedió con ese pequeño grupo de discípulos, si en esta vida malvada enfrentamos la miseria y la angustia, todo que tenemos que hacer es levantar nuestros ojos a aquel que no solamente está sentado en el cielo sino está con nosotros y camina aquí en la tierra, asirnos de la mano del potente Señor de los Ejércitos, asirnos de la mano que nos guía. Tomando su mano, no tememos ningún mal mientras andamos en el valle de la sombra de muerte. Tomando su mano, pasamos a salvos a través de agua y fuego, por las profundidades de la tentación, por el calor de la tribulación. Sí, cuando como aquellos discípulos a veces tenemos dudas de su ayuda, cuando pensamos que la redención y la esperanza casi han desaparecido, cuando la única conclusión posible parece ser que él nos ha abandonado, sí, que ha de habernos abandonado porque somos tan débiles y pecadores, el evangelio nos dice que precisamente en tales momentos de prueba, momentos amargos, cuando las tribulaciones y el pecado nos aterrorizan, el Señor está con nosotros, el Redentor que ha resucitado de los muertos, en cuyas manos nos esperan el auxilio y el consuelo. Aunque no podamos ver, sentir o experimentar su presencia, él verdaderamente está presente con nosotros, sí, tan cerca como es posible ser a los corazones temerosos y quebrantados.

2.

Jesús se revela a nosotros a través de la palabra y los sacramentos. Por medio de la palabra y los sacramentos, nos hacemos más seguros de su proximidad, como si realmente lo estuviéramos viendo, sintiendo, tocando.

Poco a poco el Jesús resucitado comenzó a revelarse a estos dos. Poco a poco el Jesús resucitado comenzó a revelarse a estos dos. Poco a poco abrió sus ojos. Habló con ellos, explicándoles la Escritura; y finalmente, cuando partió pan con ellos, lo reconocieron, entonces se les abrieron los ojos. Pero también reconocieron que aun mientras estaban en el camino sus corazones habían sido conmovidos y encendidos. Así, por medio de su palabra él había tomado y tocado sus almas. Comenzando desde Moisés y los profetas les había explicado la Escritura, les había explicado las promesas que habían hablado de él. Eran, como el Señor mismo les había dicho, “insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho”. Todavía eran tan indoctos en la Escritura y en las palabras y los caminos del Señor, y sus corazones todavía eran tan torpes y lentos, aunque eran sinceros en su fe y en su amor para con Jesús de Nazaret. Por esa razón Jesús les tomó por la mano y les instruyó en las Escrituras que daban testimonio de él.

De la misma manera el Resucitado todavía trata con nosotros hoy. Como verdadero hombre, también después de la resurrección todavía se asocia con nosotros los mortales débiles de manera humana. Nos enseña y nos instruye; explica para nosotros la Escritura. Nosotros también todavía somos insensatos y tardos de corazón. Es posible que se encuentren estas dos cosas en el mismo corazón, un sincero amor para con el Señor Jesús y su palabra — al alma se conmueve y es captado con estas cosas grandiosas — y al mismo tiempo una flojera y una apatía en la fe, no solamente insensatez y falta de entendimiento. El verdadero Amigo de la humanidad viene al auxilio de esta deficiencia y enfermedad. No por la fuerza, no con un choque repentino saca la insensatez y la flojera del corazón, sino siendo manso y humilde gradualmente abre nuestros ojos, explica la Escritura, comenzando desde Moisés, nos lleva de un pasaje bíblico a otro; no solamente una vez sino repetidamente. Esta es su tarea principal: instruir, enseñar, predicar. En la predicación que resuena cada domingo, el Señor resucitado nos ofrece la misma bondad que ofreció a esos dos y explica la Escritura. En cada sermón derrama nueva luz sobre una palabra conocida de la Escritura; y aun cuando examinamos la Escritura por nosotros mismos, cuando la leemos y escudriñamos en la casa, abre para nosotros un pasaje tras otro.

¡Nunca permite que este Libro de la Ley se aparte de tu boca!  
¡Presta atención a él de día y de noche! Esta palabra, este evangelio, es una lámpara a tus pies y una luz en el camino. Si con persistencia, en todo el camino, en toda tu vida, en los domingos y diariamente, dejas a Jesús enseñarte en la predicación y la Biblia y hasta hablan de estas cosas unos con otros, les sucederá lo que sucedió con aquellos dos en el camino a Emaús. Confesaron: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría la Escritura?” Sí, por medio de la predicación, por medio de la exposición de la Escritura, por medio del estudio cuidadoso de la Biblia, el Señor resucitado pone esta bendición divina en nuestro corazón. Reconocemos: Es el Señor nuestro Dios, éstas son las palabras de Dios. Es la voz del Pastor, la voz del Hijo de Dios que oímos. Sí, verdaderamente el Señor ha resucitado; vive, está aquí, está a nuestro lado. Habla con nosotros en verdad, personalmente, así como habló con los patriarcas piadosos, así como habló con sus discípulos: excepto que no podemos ver ni tocar la persona que realmente está presente y habla. Sí, los corazones se arden cuando el Hijo de Dios resucitado habla. Los corazones indiferentes se despiertan, son encendidos, son vivificados, hechos animados y fervientes. Los corazones temerosos, aterrados se fortalecen potentemente, son sacados de las profundidades con la consolación de Dios. Los corazones aterrados y preocupados por su pecado y debilidad son animados y llenados de fuerza y gozo del alto cielo.

¿Y qué es lo que el Jesús resucitado nos enseña de esta manera tan bondadosa, humana de la Escritura? Testifica de sí mismo y de lo que ha hecho. Testifica a los dos en el camino a Emaús que este Jesús de Nazaret, que lamentaban los gobernantes de los judíos al igual como los discípulos, precisamente por este acto han cumplido la Escritura y los profetas, que precisamente por esta obra no se eliminó la esperanza de la redención, sino más bien gloriosamente confirmó que el Cristo tenía que sufrir y morir y entrar en su gloria.

Hemos sabido estas cosas por mucho tiempo. Frecuentemente miramos estas historias y palabras conocidas de la Escritura acerca del plan y la obra de la redención con ojos que no ven; frecuentemente dejan el corazón tan torpe e insensible. Por esta razón el Jesús resucitado con su poder y plenitud divina sostiene la predicación y la palabra, personalmente con su mano todopoderosa imprime estas palabras en nuestros corazones, y sella el consuelo divino de esta expiación única y redención que él efectuó con su muerte en la cruz. Da a nuestros corazones la seguridad divina de que ya que él fue entregado a la condenación de la muerte, nosotros ahora somos libres de la muerte y la condenación; ya que él soportó la cruz y la vergüenza, todo castigo nos ha sido quitado; que por su resurrección realmente ha traído a la luz la vida y la inmortalidad, y que él quiere llevar a nosotros a la gloria en la cual él ha entrado; que no nos permite ver todavía su gloria porque todavía estamos rodeados de carne y sangre, porque nuestros ojos todavía están restringidos de ver; que tan seguramente como él ha resucitado, nos redimirá de este malvado cuerpo mortal, de esta carne y sangre manchada e imperfecta y allí nos permitirá ver a sí mismo y su gloria. Y este consuelo divino, dentro del corazón, este consuelo de la redención de todo el mal que ahora pesa sobre nosotros, facilita y hace gozoso y seguro nuestro camino a través de la vida. Nuestro Redentor nos fortalece, nos levanta y nos sostiene por medio de su palabra potente.

Y así como por medio de la palabra, así también por medio del sacramento se nos revela el Resucitado. Los dos en el camino a Emaús lo reconocieron en el partimiento del pan, porque partió el pan de la misma manera en que lo hizo antes de su sufrimiento, en la noche en que fue entregado. Conocemos al Resucitado, nuestro Amigo y Hermano, el Hijo de Dios, nuestro Redentor vivo, en su partir pan por nosotros, en ofrecernos el sacramento. Bajo el pan verdaderamente nos da su cuerpo glorificado que trajo consigo desde el sepulcro; y con esta comida, con esta bebida, con su cuerpo y sangre glorificados, alimenta, fortalece la vida espiritual, divina en nuestras almas. Nos llena de poder divino, con el poder de la vida eterna. Al ofrecernos el pan de la comunión nos muestra, como lo hizo allí

a los discípulos de Emaús, sus manos traspasadas, como más tarde mostró a Felipe su costado herido. Nos da a beber de la sangre expiatoria que derramó de sus manos y sus pies, y continuamente obra poderosamente para limpiar la conciencia, para consolar los corazones atribulados de los pecadores. El para quien el alimento de la Santa Cena es comida para la vida, el que come diligentemente y con ánimo de este pan, toma de esta sangre, sabe y confiesa: ¡Sí, es mi Señor vivo, mi Señor y mi Dios, mi Redentor!

Y este Señor y Salvador divino, que ya no muere, también se queda con nosotros cuando se nos acerca la tarde. Permanece con nosotros todos los días de nuestras vidas. Después de su resurrección se quedó todavía por unos momentos y horas con sus discípulos. Luego otra vez desapareció. Ni permitió que lo detuvieran. Sin embargo, sus discípulos, como él ahora había resucitado y ascendido a su Señor y Dios de él y de ellos, deberían de asirse de él en espíritu y fe. Acerca de su ascensión al cielo dijo a sus discípulos: “He aquí, yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”.

Aunque el Redentor resucitado ha ascendido muy por encima de todos los cielos, todavía está presente con los suyos en dondequiera que estén. Jesús no se retira de nosotros; no nos abandona ni por un momento. Precisamente cuando hemos mirado profundamente en los ojos de nuestro Señor resucitado, hemos sentido su presencia que refresca en palabra y sacramento, se nos viene la inquietud: Lástima, no quedará así. El Señor pronto desaparecerá otra vez. Ahora nuestros corazones están encendidos con la palabra de Dios, ahora el amor de Jesús está encendido e ilumina, pero ay, tan pronto volverá a enfriarse el corazón. Pero sabe esto, el Señor no se retirará de ti; te acompaña hasta que alcances la meta, así como acompañó a esos dos discípulos hasta el hostel. No dejará de enseñarte e instruirte. No se cansa ni se fatiga; su poder divino no se afloja. Con el mismo cálido amor y fidelidad que lo llevó a la muerte por amor a ti, cuidará tu alma hasta el fin. Y aunque no siempre tengas ese abrumador sentimiento de su presencia y misericordia, aunque tu carne y sangre siempre inhiben y enfrían la devoción y el entusiasmo, mientras dejas que él te tome por la mano y te guíe por su palabra, permanecerá contigo. Y en los días negros y desolados no está más lejos que cuando las cosas están bien con tu alma. Una y otra vez hará su palabra viva en estos discípulos, una y otra vez encenderá la luz, una y otra vez calentará el corazón. Sí, continuamente abrirá ojos y corazones para que lo reconozcas y entiendas siempre mejor su salvación, su redención. Entre más tiempo conversa contigo en el camino, más íntimo se hace contigo y tú con él.



Y cuando llega la tarde, cuando el día llega a su fin, cuando aparece delante de ti el último valle oscuro, el valle de la muerte, el Señor muchas veces, como lo hizo allí en Emaús, actuará como si quisiera seguir su camino. Una vez más pone a prueba nuestra fe. Por un tiempo parecerá oscuro y tenebroso al alma. Los discípulos de Jesús que permanecen fieles hasta el fin hacen bien en dar un vistazo al abismo de la muerte eterna. Los horrores y terrores de la muerte eterna tendrán un efecto en el corazón. Pero ya que no queremos vivir sin Jesús ni morir sin Jesús, porque ésta es la cosa más terrible que podemos concebir, hundirnos en la noche eterna sin Jesús, sin el consuelo y la luz de su palabra, extendemos la mano y nos asimos de la meta al final de nuestro camino, tomamos la mano, el brazo de nuestro fiel compañero que nos ha guiado seguros hasta aquí. Oramos y clamamos con aquellos discípulos: “Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado”. Y entonces nos daremos cuenta: Sí, precisamente en la tormenta y prueba final él demuestra que nos ha redimido de la muerte y la condenación, que toda la Escritura se ha cumplido, que él ha resucitado y vive y pisotea la muerte por amor a nosotros. Y así la tarde en que se va la luz, el lecho de muerte, la noche y la muerte también se convierten en pura luz.

Sí, Jesús, nuestro único Salvador, el que vive, está con nosotros. Nos acompaña en la muerte, nos guía a través de la muerte a la vida, lleva el alma al lugar en donde él mismo mora, a su hogar celestial, y también redimirá y glorificará nuestro cuerpo para que sea formado como su cuerpo glorioso, y allí en la casa de Dios nos dará comida y bebida. Estaremos satisfechos cuando veamos a Jesús con nuestros ojos, cuando veamos a nuestro fiel Señor y Redentor, cuya voz ya hemos oído, cuya mano nos ha llevado a través del abismo de la vida.

¡Qué él nos fortalezca en la fe para que podamos verlo a él en su gloria! ¡Qué la gracia del Resucitado sea y permanezca con todos nosotros! Amén.